



RESEÑA

Recibido: 27 de enero de 2020. Aprobado: 21 de febrero de 2020.

DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.13

Cholas y pishtacos: relatos de raza y sexo en los Andes

Mary Weismantel

Popayán: Universidad del Cauca - Instituto de Estudios Peruanos

2016. 380 p.

(Trad. Cristóbal Gnecco, 2001)

NATALIA MARTÍNEZ-QUIJANO

Antropóloga, estudiante de la Maestría en Antropología, Universidad de Antioquia.

✉ nat.martinezq@gmail.com

ORCID: 0000-0002-8046-3317

Google Scholar

Con destreza, Mary Weismantel nos muestra su experticia y agudeza etnográfica en un libro que expone las continuas contradicciones de la vida andina a través de la indagación y análisis sobre las nociones de raza, sexo, clase y género. Elaboro un tejido excepcional en el que recoge sus experiencias de campo a lo largo de los Andes entre 1982-1987, suma las narraciones de otros etnógrafos del Perú, Bolivia y Ecuador, acude a teorizaciones amplias de las ciencias sociales y explora la literatura, fotografía y escultura regionales para presentarnos dos personajes conocidos en la cotidianidad de los Andes: la chola y el pishtaco. A todas luces, un relato sensible y descriptivo que ofrece una visión innovadora a la antropología y etnografía andinas.

Cholas y pishtacos: relatos de raza y sexo en los Andes se publicó originalmente en Estados Unidos en 2001 y fue acreedor del premio a mejor libro de la *American Ethnological Society* en 2003. Más de 20 años después de realizado el trabajo de campo que le dio forma aparece la traducción al español; en palabras de la autora “dislocada en el tiempo y el espacio” (p. 14), porque con el paso de los años ha sido inminente la emergencia de unas cholas luchadoras y unos pishtacos posmodernos famosos en videos. La información etnográfica se signa al siglo pasado, sin embargo, las discusiones teóricas amplias son todavía necesarias para las investigaciones del mundo andino contemporáneo.

Como citar esta reseña:

Martínez-Quijano, N. (2020). Reseña de *Cholas y pishtacos: relatos de raza y sexo en los Andes*, de Mary Weismantel. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 22(2), 291-295. DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.13



Chola y pishtaco son figuras difíciles de definir a lo largo de los Andes, quizás por eso tome casi 380 páginas descubrirlos a la vista de los lectores. Mucho más que personajes reales o míticos, son dos imágenes contradictorias, ambivalentes y en constante tensión que Weismantel interpela para evidenciar las relaciones racializadas, sexualizadas y de profundas desigualdades vividas en la cotidianidad andina –aunque allí se haya hablado de democracia racial. La chola, una mujer no blanca, sucia, que inspira lástima, vestida con pollera y sombrero, riendo con sus compañeras vendedoras en el mercado; es una figura casi nostálgica y un símbolo regional. Una categoría racial indeterminada entre lo indígena y lo blanco, que enmarca una serie de connotaciones sociales y económicas degradantes, al mismo tiempo, que evoca con romanticismo las tradiciones indígenas y campesinas. Por otro lado, el pishtaco (conocido en quechua como ñakaq y en aymara como kharisiri) es un hombre blanco, pálido y espantoso con un cuchillo en la mano que acecha en las sombras de los caminos a la espera de víctimas, preferiblemente indígenas, que arrastra hasta lugares secretos en donde extrae la grasa de sus cuerpos. Una criatura que simboliza la violencia, el miedo, la blancura racial y la masculinidad erotizada al ofrecer un retrato mordaz de los extranjeros, a veces ocasionando actos horribles de violencia en contra de quienes levanten sospechas.

Un ñakaq vil, hipermasculino e hiperblanco, y una chola racialmente mezclada y sexualmente ambigua, nos muestran lo difícil que resulta separar el sexo de la raza a la hora de entender la forma como se construyen las identidades. Aunque el texto presenta los estereotipos en los que se ven reflejados nuestros dos personajes, hace un llamado al entendimiento de que también son trasgresores de los órdenes establecidos. Por ejemplo, la mujer del mercado ha impugnado su posición presentándose de formas alternativas: la virgen asexual, la buena trabajadora de género neutro y la madre todopoderosa, al mismo tiempo, que se convierte en una mujer que es en parte hombre. Se reafirma una feminidad no blanca tan poderosa que puede eclipsar o incorporar a su contraria o competir con la visión de la masculinidad blanca dominante.

La primera parte, “extrañamiento”, tiene como objeto revelarnos a los protagonistas como invenciones culturales que separan racial y sexualmente a las personas, pues expresan los anhelos y nostalgias de los habitantes de los Andes por ellos mismos, los otros y sus lugares de origen, desde donde se evoca una añoranza por la desconexión de la tierra cimentada en la raza, la vulneración sexual, la desigualdad económica y las normas de género. La geografía del extrañamiento muestra la forma en que se ha enraizado la representación propia y del otro en los Andes,

discusión que se enmarca en el plano de lo “familiar” / “no familiar” en donde blancos e indígenas (también pueden ser mujeres y hombres o ciudad y ruralidad) se enfrentan no solo como nativo y forastero “sino con una familiaridad letal de familiares extrañados” (p. 65). En principio, se hace un análisis de la presencia de los blancos en los territorios indígenas y de estos últimos en las ciudades. Después, Weismantel descompone la racialización y sexualización efectuada en los espacios públicos y privados, como la casa de los blancos y el mercado, lugar característico de irrupción del “indio” o, aún más, de la “india” en la vida citadina.

“Intercambio”, la segunda parte, se enfoca en la acción que moviliza a las personas y a las cosas, abalanzándolas unas contra otras, en un entramado complejo que edifica las relaciones sociales en los Andes. Aquí se manifiestan claramente las divisiones raciales que reproducen los conflictos latentes y desatan las violencias más recrudescidas. El intercambio se lleva a cabo, principalmente, en el mercado, como si fuera un escenario teatral, las mujeres muestran sus productos animadamente, utilizando categorías raciales como insultos e invitaciones, para atraer a los posibles compradores de la multitud. De ese lugar, se sale más rico o pobre en verduras, frutas, enseres, efectivo, amistades y hasta en conocimiento, al hacer que cualquier interacción pueda llevar a estar extrañado de su raza, sexo e identidad, porque en ellas se pueden despertar afectos u odios que influyen las transacciones comerciales. Esos intercambios tienen una parte física que puede ser mucho más violenta y desigual, al mismo tiempo, menos clara en el imaginario colectivo. Estos se ejemplifican en los intercambios sexuales (o los robos o los asesinatos) que no necesariamente se separan de lo económico y que dependen de las relaciones materiales de las personas.

Parece loable pensar en la chola y su pollera como las encarnaciones de las contradicciones del intercambio andino observadas en el mercado, ya que en ellas se reúnen las relaciones comerciales y las luchas colectivas de resistencia femeninas y regionales, puesto que la decisión consciente e individual de usar la pollera en medio de un contexto capitalista valora especialmente la libertad de las mujeres y resignifica la forma en que se han desarrollado los reclamos indígenas de la región. Tiene todo el sentido que en la pollera –o en la chola– se materialicen las formas de intercambio en pugna en los Andes, según la autora: la reciprocidad andina, representada por la figura del indígena, y el intercambio desigual, revivido en la historia del pishtaco.

En la tercera parte, “acumulación”, se observan los sentidos otorgados a la chola y el pishtaco sedimentados en la estructura de

desigualdades –raciales, sexuales y económicas–, aunque con cierta posibilidad de trasgresión. Por medio de los intercambios individuales las personas acumulan dinero y cosas, al tiempo, que prestigio y distinciones. Se establece una identidad que se acumula en las personas, consolidando una raza y un sexo casi inalterables, por ejemplo, la blancura asociada a la ciudad, las manos y los pies bien tratados, la piel prolija, el consumo de ciertos alimentos en el mercado o la jerarquía sexual. La figura del pishtaco resulta atractiva porque su manera de acumulación es indiscutiblemente siniestra: la canibalización del cuerpo del indio. Canibalismo que demuestra la distancia entre el ideal intercambio recíproco y la realidad del intercambio desigual latente en las relaciones sociales andinas.

Es así como nuestros personajes han acumulado, heredado y legado unas identidades contradictorias, en donde el pishtaco ladrón de grasa y órganos sexuales se contrapone con la chola generosa y dadora de sustento. Identidades que se desdibujan en el ritual de la Mama Negra, en el que una chola ficticia y de rasgos exagerados amenaza las jerarquías sociales, invirtiendo los órdenes raciales y de género al descartar a los falos blancos y trabajadores masculinos representantes de la historia tradicional de los Andes: el conquistador español, el hacendado codicioso y el pishtaco.

En el epílogo, la autora se propone pensar las diferencias planteadas en el texto a través de la experiencia corporal apelando a los olores percibidos al recorrer los Andes. Ejercicio que carga de realidad los cuerpos humanos, enmarcándolos en el imaginario individual y colectivo que acompañan los sentidos otorgados a la estructura de desigualdad: el aborrecimiento, la fascinación y el humor. En los hábitos de higiene se expresan las geografías de la raza, el sexo y el género característicos de las ciudades, opuestos a los espacios familiares –unidades básicas de la vida política y económica–, cargados de emociones y de trabajo menos desodorizados de la ruralidad. Weismantel se refiere a un tipo de raza y sexo alejados de la generalización genética y cercana a la realidad orgánica: “un proceso físico constante de interacción entre seres vivos” (p. 326). Así hace un llamado a estar atentos a la posibilidad de que aparezcan otras imágenes y narrativas que ayuden a pensar o crear una realidad diferente.

Este portentoso libro es una descripción densa en donde los mercados, las ruralidades, las ciudades, las personas o los personajes cobran vida gracias a la escritura detallada y sensible: una chola y un pishtaco vivos permiten saborear, observar, oler y tantear el tránsito por los Andes. No está demás señalar que la buena traducción al español permite una lectura amena y fluida, pese a la extensión del texto y, en algún punto,

abrumadora cantidad de información. Por lo mismo, se advierte que la lectura debe hacerse con atención porque se puede caer en errores de interpretación, quizás causados por la misma fluidez en la escritura.

En *Cholas y Pishtacos*, Mary Weismantel plantea un ejercicio etnográfico completo, con una estructura polifónica y constantes contrapunteos. Esto expone una osada propuesta interpretativa y metodológica, además de una posición política concreta: el camino por seguir es la confrontación a unas relaciones sociales violentas, jerarquizadas y desiguales propias de las comunidades andinas con el ánimo de redefinir las nociones centrales de la vida social para reestructurar las relaciones que las han determinado. Para lograrlo, es necesario estar atentos a los procesos y ser más críticos con los contextos investigados para romper con interpretaciones previas, que resultan ser descripciones ricas en detalles pero cortas en análisis o teorizaciones complejas que romantizan la vida social. En este sentido, el libro amplía el debate sobre el quehacer antropológico y los productos etnográficos, sin duda, una discusión aun en la vanguardia de la disciplina.